



Iglesia y celdas de los eremitas en el Yermo de Herrera



Huerto de una celda del Yermo de Herrera



Dormitorio de una celda del Yermo de Herrera



Placa en una puerta de las celdas del Yermo de Herrera



Cementerio del Yermo de Herrera



Foto de la Comunidad de Herrera en 1962.

Fila de arriba, de izquierda a derecha: H. Isidoro, P. Bernardo, novicio, P. Ignacio, H. Conrado, P. Joaquín, H. Norberto, postulante y H. Wilebaldo. Fila de abajo, de izquierda a derecha: H. Estanislao, P. Pío, P. Leandro, P. Alfonso y P. Juan Gualberto



Coro de la Iglesia del Yermo de Herrera



Hospedería del Yermo de Herrera



Pasillo de la Hospedería del Yermo de Herrera



Celda de la Hospedería. Mesa en la que come
en solitario el huésped



Marmitas donde se sirve la comida en el Yermo



Fuente de los cangrejos en el Yermo de Herrera

**LA CONGREGACIÓN DE
EREMITAS CAMALDULENSES
DE MONTECORONA**

HISTORIA.

Los orígenes históricos de la Congregación de Eremitas Camaldulenses de Montecorona son presentados en sus “Constituciones” de esta manera:

“Entre los varios Yermos fundados por San Romualdo, sólo el de Camaldoli, situado sobre el Apenino Toscano, perduró y se convirtió seguidamente en cuna y centro de la Orden Camaldulense. El cuarto Prior Rodolfo, redactó en forma de Constituciones las instrucciones y las enseñanzas transmitidas de nuestro Santo Padre Romualdo, creando así el primer documento de la legislación camaldulense.

A principio del siglo dieciséis, el eremita camaldulense Pablo Giustiniani, deseoso de una vida más solitaria y más austera, dio nuevo impulso y nuevo entusiasmo al ideal eremítico romualdino fundando diversos Yermos que constituyeron después de la aprobación pontificia de 1524, la “Compañía de los Eremitas de San Romualdo” llamada hoy “Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona”.

Los miembros de esta pequeña Congregación, quieren seguir el ejemplo y poner en práctica las enseñanzas eremíticas y espirituales de su Fundador que, después de su muerte, fue constantemente honrado con el título de Beato”.

Vamos a conocer ahora, un poco más detalladamente, el desarrollo histórico de los Eremitas Camaldulenses de Monte Corona.

Los siglos III y IV ven surgir un fenómeno nuevo: el monacato. Hombres y mujeres cristianos, bien por huir de las persecuciones de las que eran objeto por profesar su fe religiosa, bien por manifestar su protesta ante la relajación de la vida cristiana o por buscar vivir de una manera más perfecta los mandatos evangélicos,

huyen de las ciudades a los desiertos de Egipto, Siria y Palestina. Nacen entonces dos formas de llevar a cabo esta vida, la eremítica y la cenobítica.

La primera tiene como característica más notable la soledad vivida de manera individual y su máximo representante es San Antonio Abad. Muerto en el año 356 en Egipto, supo unir de manera admirable la oración y el trabajo. Su biografía escrita por San Atanasio sirvió para dar a conocer esta forma de vida solitaria, esforzada y austera.

La segunda da lugar a monasterios en los que se vive en comunidad, bajo la autoridad de un superior y unas normas o regla determinada. San Pacomio, San Basilio, Casiano, San Jerónimo o San Benito son los grandes legisladores y maestros espirituales.

Dentro de la vida cenobítica destacan muy especialmente la vida y la obra de San Benito. Nacido hacia el año 480 en Nursia (Italia), después de algunos años de vida solitaria en el Valle de Aniene, fundó varios monasterios junto a numerosos jóvenes que querían tenerle como maestro espiritual. El más famoso de todos estos monasterios fue el de Monte Casino, donde escribió su Regla, tan llena de sabiduría espiritual y equilibrada en las prescripciones ascéticas. Esta Regla se convirtió con el paso de los siglos en la Regla monástica por excelencia. San Benito murió en torno al año 547.

Frente a estas dos formas de vivir el monacato -la eremítica y la cenobítica- surgió una tercera impulsada por San Romualdo de Rávena, que iba a unir lo mejor de ambas.

En Madrid, en el barrio de Ciudad Lineal -calle Ascao núm. 30- existe una parroquia dedicada a este santo, que es la única que yo conozco en España.

Hijo del Duque de Rávena, vivió entre el 950 y el 1027. Fue Abad del Monasterio de Classe (Rávena) y fundó numerosos eremitorios, siempre buscando nuevas modalidades de vida religiosa. Su última fundación fue en Camaldoli -hacia el año 1023-, al pie de los montes que separan la Toscana y la Romaña, a 1.111 metros de altitud. Allí construyó cinco celdas, separadas, para otros tantos eremitas. Nació entonces la Orden Camaldulense. San Romualdo no escribió ninguna regla, sus enseñanzas las comunicó oralmente y así se transmitieron durante los primeros tiempos de la Orden. Los eremitas guardaban perpetuo silencio, llevaban la cabeza rapada, largas barbas, los pies descalzos y hacían dos cuaresmas a pan y agua. El IV Prior de Camaldoli, Rodolfo, recogió por escrito las primeras “Constituciones camaldulenses”.

San Romualdo unió de manera armoniosa la vida eremítica, practicada por los Padres del Desierto y, en general por los monjes orientales, y la vida cenobítica o comunitaria de los monjes de Occidente.

Los eremitas vivían en pequeñas comunidades con una Regla estable y un Superior, gozando de las ventajas de la vida cenobítica sin sus múltiples distracciones, y al mismo tiempo disfrutaban la paz de la soledad sin el peligro de la vida eremítica pura.

En Camaldoli San Romualdo quiso que vivieran eremitas y cenobitas, pero que el Superior de los primeros lo fuese también de los segundos. Con el paso de los años los cenobitas superaron en números a los eremitas y comenzaron a gobernar la vida de estos últimos, lo que creó un cierto malestar.

En la Navidad de 1510, en el Yermo de Camaldoli, vistió el hábito camaldulense el joven de 34 años Tomás Giustiniani. Nacido en Venecia el 15 de junio de 1476 pertenecía a una de sus familias más nobles que tenía

entre sus miembros al Primer Patriarca de Venecia, San Lorenzo Giustiniani. Estudió Filosofía y Teología en la Universidad de Padua (Italia). Buen latinista, profundo conocedor de la cultura clásica, la filosofía antigua y medieval fue un notable escritor. Una larga enfermedad le llevó a leer textos bíblicos y patristicos. En 1507 emitió privadamente voto de castidad y viajó a Tierra Santa. Un año después entró en contacto con los Camaldulenses cenobitas de San Miguel de Murano. En junio de 1510 visitó el Yermo de Camaldoli por primera vez, vistiendo el hábito camaldulense el 25 de diciembre. Recibió el nombre de Pablo, y con el tiempo se convertiría en una figura clave en la historia de la Orden Camaldulense. En 1513, junto con su gran amigo Vicente Quirino -que en la vida religiosa tomó el nombre de de Hermano Pedro- escribió el “Libellus ad Leonem X”, una larga carta en la que hacían un interesante y minucioso análisis de la difícil situación de la Iglesia de aquel tiempo y ofrecían soluciones para reformarla. Este texto es de una gran importancia y ojala muy pronto pueda ser leída en castellano, pues hasta el momento no ha sido traducida del italiano. En 1515 el Papa León X le indultó para poder abandonar Camaldoli y difundir el eremitismo romualdino, pero no hizo uso de esa medida. Un año después, tras una reclusión de cuarenta días compuso la “Regla de la Vida Eremítica”, todo un magnifico y excelente compendio de normas y consejos de cómo debía de ser la vida de los eremitas camaldulenses. Una parte muy amplia de este texto se ha publicado por primera vez en castellano en el volumen número 1 de la “Biblioteca Camaldulense” que edita en Madrid “Ediciones Arcos”. En 1518 fue ordenado sacerdote, y un año después, Mayor -Superior- de Camaldoli. El clima espiritual del Yermo no era de su total agrado, por lo que comenzó a pensar en buscar

una forma de vida más austera, pobre y solitaria. El año 1520 es clave para la vida de Pablo Giustiniani, pues duda entre viajar a Sevilla para embarcarse desde allí al Nuevo Continente y llevar a aquellas tierras la vida eremítica o quedarse en Italia viviendo su vocación eremítica. Decide quedarse en Italia y se establece con unos pocos compañeros en el Yermo de Las Grutas de Massaccio (en la actual Cupramontana, Las Marcas). En mayo de 1522 fue hecho preso en la cárcel de Macerata y después en el convento de los Franciscanos de la misma ciudad, por culpa de una serie de calumnias. El 9 de diciembre de 1523 la Orden Camaldulense reconoció oficialmente a los eremitas de Pablo Giustiniani, con el nombre de “Compañía de los Eremitas de San Romualdo”. Desde ese año, y hasta su muerte -producida el 28 de junio de 1528 en el Monte Soratte, al norte de Roma- la Compañía celebró tres Capítulos Generales, siendo Pablo Giustiniani elegido Padre Mayor, y se fundaron los yermos de Monte Cucco (1520), Las Grutas de Massaccio (1521), Monte Cónero (1521), San Leonardo en Volubrio (1522), Santa María del Espíritu Santo en Larino (1522) y San Salvador de Monte Acuto (1523).

Pablo Giustiniani es un personaje verdaderamente apasionante. Amigo de la soledad por afición intelectual, poco a poco va convirtiéndose en un enamorado de la soledad porque en ella quiere encontrar a Dios. Sin olvidarse de los problemas de la sociedad en la que le tocó vivir se enamoró de la soledad y a ella dedicó unas páginas bellísimas. Cuando anteriormente le calificué de “notable escritor” es porque fue autor de cientos de escritos sobre filosofía, teología, mística, espiritualidad, temas monásticos, cartas, poemas y oraciones, con un estilo muy didáctico y particular. La inmensa mayoría de estos escritos permanecen inéditos en el tantas veces ya

citado Yermo de Frascati. Creo que una mención muy especial merece su obra “Secretum meum mihi” escrita por Pablo Giustiniani tras vivir el 7 de agosto de 1524 una alta experiencia mística mientras celebraba la Eucaristía en el Yermo de Monte Cucco.

El Beato Pablo Giustiniani -así fue llamado tras su muerte por sus hijos espirituales- amigo de San Cayetano de Thiene (fundador de los Clérigos Regulares o Teatinos), inspirador, en parte, de la reforma de los Franciscanos Capuchinos, místico, reformador, escritor, pero ante todo prototipo de eremita camaldulense, es el fundador de la Congregación de Eremitas Camaldulenses de Montecorona.

Tras la muerte del Beato Pablo se celebró en 1530 un nuevo Capítulo General de la Congregación, y tras una larga discusión se decidió fijar la casa central de la nueva institución en el Yermo de Monte Corona (Perugia). Desde ese momento fue conocida por el nombre de “Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona”. Durante 330 años la Casa Madre rigió los destinos de la Congregación hasta su abandono en 1861, al ser los eremitas expropiados y expulsados por el gobierno anticlerical de Cavour.

El nuevo hábito de la Congregación se decidió que fuese de lana, si era posible conseguirlo en el lugar donde estuviese situado el yermo, de color blanco y constaba de túnica hasta los tobillos, escapulario con capucha monástica -algo más corto que la túnica-, capa -aún más corta- y cingulo (cordón o cinturón). El uso de la capa era obligatorio en todos los actos comunitarios. Era costumbre cubrirse la cabeza con un pequeño gorro de lana blanca. Toda esta indumentaria debía ser conforme a la simplicidad y pobreza eremítica. En nuestros días el hábito sigue teniendo las mismas características.

La Congregación alcanzó su máxima expansión a mediados del siglo XVIII, llegando a tener 26 yermos (Hungría, Eslovaquia, Austria, Polonia, Lituania e Italia) y unos 350 eremitas.

Esta es la evolución del número de eremitas en la Congregación hasta el año 2007:

1910.....	130 eremitas	
1940.....	149	“
1965.....	96	“
1977.....	69	“
1988.....	84	“
2007.....	60	“

En nuestros días el eremita más joven es un monje polaco nacido en 1978. El más mayor, también es polaco, nacido en 1939. Le media de edad es de 58,54 años.

El gobierno de la Congregación está en manos de la Curia Generalicia, formada por seis religiosos: el Padre Mayor, que ostenta la autoridad sobre todos los monjes; dos Visitadores Generales, colaboradores del P. Mayor, que tienen la misión de visitar cada tres años todos los yermos, para verificar la observancia regular y la fidelidad al espíritu eremítico camaldulense; dos Consultores que toman las decisiones más importantes de la Congregación junto con el P. Mayor y los Visitadores; un Ecónomo General que administra los bienes de la Congregación. El mandato de estos dura seis años.

Cada seis años se reúne el Capítulo General, una asamblea a la que acuden representantes de toda la Congregación y velan por la buena marcha de la misma, eligiendo la Curia Generalicia y los priores de todos los yermos.

Cada yermo tiene un Prior-Superior, asistido por dos consejeros y un ecónomo.

El actual Padre Mayor es el italiano D. Lanfranco Longhi.

ESPIRITUALIDAD.

La espiritualidad de los eremitas camaldulense de Monte Corona se nutre de la gran tradición monástica. San Romualdo y el Beato Pablo Giustiniani han asumido tal tradición y con su específica forma de vida, le han otorgado una serie de características propias y originales.

La celda camaldulense. Cómo ya vimos más atrás, es una construcción independiente, que tiene todo lo necesario para hacer que en un ambiente de silencio y soledad se desarrolle la vida eremítica. La celda es la verdadera casa del eremita y en ella pasa la mayor parte de su tiempo, salvo cuando tiene que salir para asistir a la Eucaristía, las horas litúrgicas, actos comunitarios o a trabajar.

La reclusión. El eremita tiene la posibilidad, si así lo desea, de permanecer recluso en la celda por un periodo de tiempo determinado o de forma perpetua. Le es impuesto un perpetuo e inviolable silencio y de su celda ya no puede salir, excepto para participar en la Misa solemne del Jueves Santo, en la Acción Litúrgica del Viernes Santo y de la Vigilia Pascual, Cena común del Jueves Santo y de la Santa Pascua. Antes del inicio de cada una de las dos Cuaresmas, sus hermanos eremitas pueden visitarlo, por una vez, en su celda. El Prior lo visitará cuando lo considere oportuno. En cuanto a la Vida Litúrgica, el recluso sigue el horario de la comunidad, tanto de día como de noche, observando las mismas ceremonias que sus hermanos eremitas observan en la Iglesia y en comunión con ellos. En todo

y para todo permanece sujeto al yugo de la obediencia como los otros eremitas. Si el recluso es sacerdote, celebra la Santa Misa en la Capilla de su celda, solo; si no es sacerdote, un eremita sacerdote de la comunidad celebrará junto a él en dicha capilla. Puede parecernos sorprendente que un recluso celebre solo la Santa Misa, ahí en la capilla de su celda, pero no es así, el recluso no está solo cuando celebra la Misa, ahí en la Capilla se hace presente toda la Iglesia, la celebración es acción de Cristo y de la Iglesia.

Soledad y silencio. Estos son otros dos pilares básicos de la espiritualidad de los eremitas camaldulenses. Como cristianos que han recibido la llamada de encontrar a Dios en la soledad y el silencio, tanto exterior cómo interior, disfrutan de ellos y hacen todo lo posible por conservarlos. No tendría sentido retirarse del mundo y luego dejar entrar su espíritu en el Yermo. Por este motivo la radio, la televisión y cierta prensa no tienen cabida entre los eremitas. En la biblioteca del Yermo pude ver las revistas que reciben habitualmente: “Ecclesia”, “Palabra”, “Mensajero”, “Vida Nueva”, “L’Osservatore Romano”, “Alfa y Omega”, “Teresa de Jesús”, “Vida Religiosa”, “Cooperador Paulino” y “Tabor”... El Prior dispone de una radio para estar informado de lo que ocurre fuera del Yermo. Dentro del Yermo reina habitualmente el silencio, pero es un silencio sereno, tranquilo, sin olvidar que el silencio es simplemente una observancia y por lo tanto un medio, no un fin; el silencio no es algo absoluto, pues absoluto solo es Dios. Así, aún en días sin dispensa de silencio, si es estrictamente necesario hablar podrá hacerlo, aún más si es necesario para vivir la caridad.

Pureza de corazón. El eremita trata de que su corazón esté siempre y en todo momento orientado hacia Dios, liberado de cualquier tipo de pasiones y egoísmos.

Oración continúa. El solitario trata de convertir toda su vida en oración, esforzándose en mantener el “recuerdo” de Dios durante todas las ocupaciones que la vida monástica comporta.

Amor y servicio. La soledad del eremita no tiene nada de negativo, no es huída de la responsabilidad, ni búsqueda egoísta de la tranquilidad. No se puede amar a Dios olvidando a los hermanos. El amor a Dios implica el amor activo a los demás, por lo que el amor fraterno es un elemento central. Este se manifiesta con sus hermanos de hábito, con los visitantes que llegan al Yermo y con los huéspedes. El eremita se siente solidario con todos los demás hombres y mujeres y hace suyos los sufrimientos físicos y morales que devastan a nuestro mundo, llevándolos en su oración, la penitencia y la austeridad de su vida.

Trabajo. El trabajo manual desempeña un papel importante en la jornada diaria del eremita y le sirve para proveerse de una parte de su sustento, ayudar a quienes más lo necesitan, evitar el ocio y conservar la humildad.

En la actualidad hay ocho yermos: 2 en Italia, 2 en Polonia, 1 en España, 1 en Estados Unidos, 1 en Colombia y otro en Venezuela. La residencia del Padre Mayor está fijada en el Yermo de Frascati.

Hay eremitas de Polonia, Italia, Colombia, EEUU, Venezuela, Austria, Bielorrusia, Chile, Japón, Irlanda, Malta y España.

Desde los primeros años de la Congregación siempre ha habido eremitas españoles, llegando alguno de ellos a ser Padre Mayor de la misma, como lo fueron el navarro -ya citado- Don Mariano de Arizu y el

burgalés Don Santiago del Río, muerto en el Yermo de Frascati el 2 de octubre de 1987 a los 92 años.

Otros monjes españoles destacados fueron Lucas de Barcelona, más conocido como Luca Hispano, autor de una historia de la Congregación, de más de 400 páginas, publicada en 1587 o los fundadores, en 1602, del primer Yermo en España: Fray Rodolfo, Fray Gil y Fray Diego.

Esta es la evolución del número de eremitas españoles en la Congregación hasta la fecha:

1940.....	15 eremitas	
1984.....	7	“
1988.....	5	“
2008.....	1	“

UN MENSAJE PARA EL MUNDO DE HOY

Tras una estancia de siete días en el Yermo Camaldulense de Nuestra Señora de Herrera son numerosas las preguntas que uno necesariamente tiene que hacerse.

Indudablemente la primera es ¿qué hacen estos hombres aquí?

Muchas personas -incluso católicos convencidos- no acaban de ver cual es su función en nuestro mundo, pues miden todas las actividades humanas por el resultado material, tangible, que producen, por la “utilidad”. Por eso hay que recordar lo que el Concilio Vaticano II dijo al respecto de los contemplativos:

“Los institutos dedicados a la contemplación, cuyos miembros se ocupan sólo de Dios en la soledad y el silencio, en continua oración e intensa penitencia, mantienen siempre un puesto eminente en el Cuerpo Místico de Cristo. Ellos, produciendo frutos abundantes de santidad, son ejemplo al pueblo de Dios. Ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al Pueblo de Dios con frutos ubérrimos de santidad y le edifican con su ejemplo e incluso contribuyen a su desarrollo con una misteriosa fecundidad. De esta manera son gala de la Iglesia y manantial para ella de gracias celestiales” (Perfectae Caritatis n° 7).

Cuando a un eremita de Herrera -que había sido párroco- le preguntaron que hacía en el Yermo contestó: “yo antes hablaba a los hombres de Dios, ahora le hablo a Dios de los hombres”. Me parece una respuesta que resume muy acertadamente cuál es la misión que tiene el eremita camaldulense.

Recordemos lo que el Papa Pablo VI dijo al Rvdo. P. Ignacio Guillet, Abad General de los Cistercienses de la Estricta Observancia (Trapenses), en 1968: “Vuestro testimonio es cierto, no todos lo perciben porque la vida contemplativa se acerca tanto al misterio de Dios, que el

mundo no lo entiende, no hagáis por tanto esfuerzos para ser de alguna manera comprendidos por los hombres, porque esto tal vez os conducirá a pérdidas deplorables, sed lo que sois, y Dios cuidará de que vuestra luz brille ante los hombres”.

Otra pregunta muy frecuente es ¿no es muy dura la vida que llevan en el Yermo?

Evidentemente lo es y mucho. Se requiere una buena salud física y un gran equilibrio psicológico para vivir en un yermo camaldulense, pero por lo que yo he observado, la vida en el Yermo está muy sabiamente estructurada, todo se hace suavemente, de manera ordenada y con una cierta moderación, es la “sabia discreción” de la que ya nos habla Juan Casiano en su segunda Conferencia. Es una vocación a lo que no todos estamos llamados, que no todos podríamos soportar, pero quienes deciden abrazarla transmiten una paz, una felicidad, una alegría y una tranquilidad envidiables. Cualquiera que haya tenido la oportunidad de hablar con un eremita camaldulense se habrá dado cuenta inmediatamente de ello.

Son numerosos los eremitas que mueren con una edad superior a los 80 años de edad, lo que demuestra que es una vida que puede soportarse, a pesar de sus privaciones y dificultades. O quizás precisamente por ellas.

También es muy habitual escuchar ¿no se aburren de hacer siempre lo mismo?

La “rutina” que pueda vivirse en el Yermo, creo yo, que puede ser la misma que la de cualquier persona que siempre tiene lo mismo que hacer: levantarse, asearse, vestirse, llevar sus hijos al colegio, trabajar, comer, volver a trabajar, regresar a casa, buscar una forma de entretenerse o divertirse, etc. Depende de cómo cada uno sepa llevar esa “rutina”, de sí es capaz de encontrar

un aliciente nuevo todos los días, y en Herrera, por muchos motivos, los alicientes no faltan: la Eucaristía, los actos litúrgicos, el rezo de la Horas, el trabajo reposado, la lectura sosegada, el estudio tranquilo, la compañía de los hermanos o el entorno natural en el que se encuentra el Yermo son algunos de estos alicientes. El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua nos dice que la rutina es “costumbre inveterada, hábito adquirido de hacer las cosas por mera práctica, sin razonarlas”. Esta rutina así definida no puede tener lugar en la vida de un católico y menos en la vida de un eremita. Cada día es un don de Dios y el eremita está llamado a acogerlo viviéndolo como si fuera el primero y el último de su vida; con una intensa vida sacramental, cada eremita aparece ante sus hermanos como un hermano nuevo -un hermano recreado-; unidos por los lazos del amor del Espíritu Santo como hermanos en Cristo, los eremitas caminan alegres hacia el Padre Misericordioso. El eremita, con corazón de “niño evangélico” y pleno de esperanza, avanza por el camino estrecho de la vida, esperando vislumbrar al Padre que, conmovido al verlo, le saldrá corriendo al encuentro, se le echará al cuello y le besará efusivamente (Lc. 15). El eremita asombrado y esperanzado ante las promesas de Cristo, camina con la alegría serena que viene de saber que quien persevere hasta el final se salvará (Mt. 10,22). Con la capacidad de asombro, propia de un niño, el eremita entra en relación con su entorno: con la naturaleza, con sus hermanos, todo le maravilla, porque todo le habla de Dios. Profundamente conocedor de sí mismo, el eremita humildemente se reconoce como lo que es: una criatura, entonces e inevitablemente surge de su corazón la acción de gracias dirigida a su Creador y cuando la noche ya esté avanzada, postrado por tierra hará su último acto de adoración, entregará su vida en

sus manos y si Dios le regala un nuevo día lo acogerá como un día totalmente nuevo, único, irrepetible, para vivirlo intensamente, plenamente. La rutina es algo ajeno al eremita, al católico, al cristiano.

En nuestra sociedad actual -llamada del bienestar- en la que tres cuartas partes de la Humanidad pasan hambre, miles de niños mueren diariamente por enfermedades que son curables, cuando impera el egoísmo más atroz y lo único que se busca es la satisfacción inmediata de cualquier tipo de deseo, testimonios como los que nos ofrecen los Eremitas Camaldulenses de Montecorona nos son totalmente imprescindibles para seguir manteniendo viva nuestra fe.

Frente a un mundo en el que se fomenta el individualismo, el consumo exagerado, el despilfarro, la agresión constante a la naturaleza, las guerras por intereses económicos, estos eremitas son un reproche silencioso, un ejemplo de que otro mundo es posible. Ellos, amorosamente, se afanan en construir desde ya el Reino de Dios.

La pobreza asumida voluntariamente -que lleva consigo la renuncia radical de todos los bienes temporales, la incapacidad de adquirirlos y poseerlos y la invalidez de todo acto contrario al voto-, la austeridad de vida que llevan -las cosas concedidas por necesidad para su uso nunca son objetos costosos ni superfluos-, el espíritu de fraternidad -que les lleva a compartir lo que tienen con los más necesitados de fuera del Yermo o con quien llega a él-, el cuidado con que tratan el entorno natural en el que viven -cortan leña del Yermo para calentarse en el invierno, pero igualmente procuran plantar nuevos árboles-, la acogida afectuosa con la que reciben a los que llaman a su puerta -sin esperar nada a cambio-, son valores que tendríamos que poner en

práctica quienes vivimos al otro lado de los muros del Yermo.

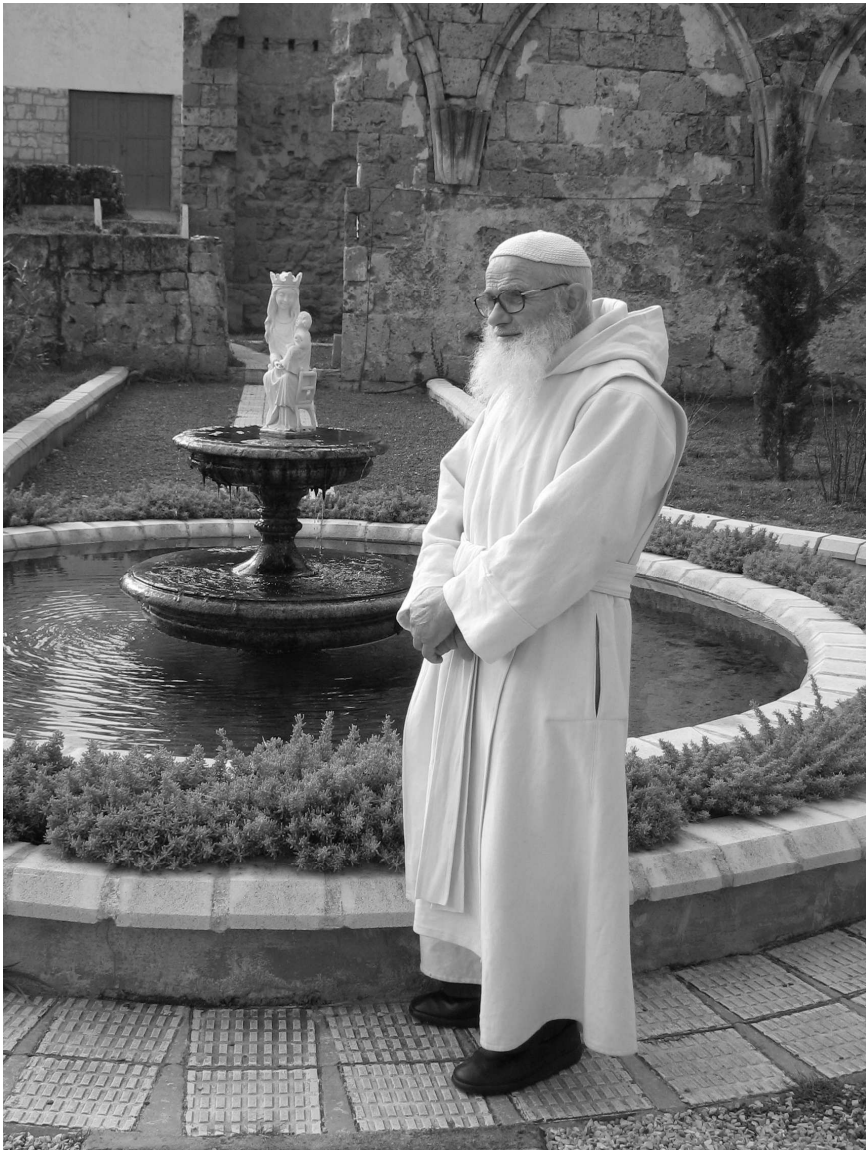
La experiencia que yo he tenido durante estos siete días en el Yermo de Herrera se la recomiendo a todas aquellas personas que quieran probar a vivir de una manera radicalmente distinta a como lo hacemos habitualmente.

La agradable y extraña sensación de no llevar dinero en el bolsillo, el no sentir ningún tipo de agobios ni de prisas, el aprender a valorar y saborear todas y cada una de las horas del día, el sumergirte en el silencio y la soledad más absolutas, el disfrutar de un paisaje que te lleva, sin darte cuenta, a la meditación y a la contemplación, a ese estado en el que la presencia de Dios se siente y se percibe de una manera muy honda, intensa y concreta dentro de uno mismo y en todo lo que te rodea: los semejantes, la naturaleza... El descubrir que se puede prescindir de muchas de esas cosas que nos parecen totalmente necesarias e insustituibles en nuestra vida cotidiana, son algunas de las numerosas y gratas impresiones que me llevo de mi estancia en el Yermo.

Las visitas a la Gruta de Lourdes, con la Fuente de los Cangrejos -un manantial que mana 30 litros de agua por minuto, situada junto a un abeto centenario y muy cerca de la Hospedería- o al cementerio del Yermo (donde descansan catorce eremitas y numerosas monjas trapenses francesas) me han sido más útiles y provechosas que los numerosos libros de espiritualidad o teología que he leído en los últimos años.

Por todo esto, quiero poner el punto final a estas páginas como terminé el prólogo, dando las gracias a los Eremitas Camaldulenses de Montecorona del Yermo de Nuestra Señora de Herrera por su trato y su acogida. Por todo lo que me han enseñado estos hombres, solitarios, pero solidarios.

POST SCRIPTUM



Hno. Germán Santamaría Gómez (1928-2008)
Eremita Camaldulense de Montecorona
*“Se fiel hasta la muerte y te daré
La corona de la vida”* (Ap. 2, 10)

Estando terminado este libro, listo ya para enviarlo a la imprenta, me llegó la noticia del fallecimiento del Hno. Germán Santamaría Gómez, Eremita Camaldulense de Montecorona del Yermo de Nuestra Señora de Herrera.

El Hno. Germán murió el día 28 de septiembre, víspera de la festividad de San Miguel Arcángel, patrón de la Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona. Tenía 80 años.

Solamente hablé con él en una ocasión -y muy brevemente-, pero en todas mis visitas al Yermo de Herrera procuraba encontrarme con él y observarle detenidamente, pues para mí era un ejemplo muy edificante verle acudir a todos y cada unos de los actos comunitarios a pesar de su avanzada edad y sus graves problemas respiratorios. La última vez que le vi fue el domingo 21 de septiembre y su estado de salud era ya muy preocupante. Al día siguiente fue hospitalizado y el día 28 acudió al encuentro con el Padre.

Ahora que el Hno. Germán se nos ha ido, tengo la certeza de que intercederá ante Dios por sus queridos hermanos eremitas y por todos los que tuvimos la dicha de conocerle.

¡Descanse en Paz!

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- LA ORDEN CAMALDULENSE EN ESPAÑA.
POR UN RELIGIOSO DE DICHA ORDEN.
BILBAO, 1931.
- LA ESCONDIDA SENDA DE LA VIDA EREMITICA.
REINADO SOCIAL DEL SAGRADO CORAZON, N°
232, NOVIEMBRE, 1945.
- LOS CAMALDULENSES, EN LOS MONJES
ESPAÑOLES.
JOSE MARIA B. OLARRA.
EDITORIAL GOMEZ, PAMPLONA, 1963.
- HERRERA HISTORICO Y ESPIRITUAL.
MANUEL DE VALDIVIESO.
MIRANDA DE EBRO, JULIO, 1963.
- SEIS MONJES VIVEN EN LA CIUDAD DEL
SILENCIO, LA ORACIÓN Y LA PAZ.
ANTONIO G. RIMADA.
LA GACETA DEL NORTE, 3 SEPTIEMBRE 1963.
- UNA JORNADA EN LA CAMALDULA DE HERRERA.
MANUEL DE LAS RIVAS.
LA GACETA DEL NORTE, 21 MARZO 1967.
- HERRERA, SANTA MARIA (BURGOS), EN
DICCIONARIO DE HISTORIA ECLESIASTICA DE
ESPAÑA.
CSIC, MADRID, 1973.
- CAMALDULENSES, EN DICCIONARIO DE
HISTORIA ECLESIASTICA DE ESPAÑA.
CSIC, MADRID, 1973.

- UNA HORA EN EL ÚNICO MONASTERIO CAMALDULENSE DE ESPAÑA.
JOSE V. ESCUDERO.
LA GACETA DEL NORTE, 10 NOVIEMBRE 1973.
- LA CIUDAD DE DIOS. GEOGRAFIA CONTEMPLATIVA DE ESPAÑA.
12 CAMALDULENSES EN EL YERMO DE SAN FELICES.
A. RAMOS ESPEJO.
EL CORREO ESPAÑOL -EL PUEBLO VASCO, 14 DE JULIO 1974.
Este reportaje se publicó en otros periódicos nacionales.
- EL MONASTERIO DE HERRERA
FRAY DAMIAN M^a YAÑEZ NEIRA.
CISTERCIUM N° 137, ZAMORA, ENERO 1975.
- UNA CASA PARA CADA MONJE.
GERMAN BARRIO.
LA GACETA DEL NORTE, 3 ABRIL 1977.
- LOS ERMITAÑOS CAMALDULENSES DE MONTE CORONA.
CLAUSTRO, BOLETIN DE LAS JUVENTUDES DE CLAUNE, NUM. 10. MADRID, OCTUBRE 1978.
- ANACORETAS. CINCO HOMBRES, LEJOS DEL SIGLO.
ANTXON URRUSOLO.
DIARIO 16 SEMANAL, N° 36, 23, MAYO, 1982.

- UNA HORA EN LA EDAD MEDIA. ASI SE VIVE, ASI SE SIENTE, EN UN MONASTERIO DE LA CAMALDULA.
VICENTE ESCUDERO.
DOMINGO, MAYO, 1983.
- PRIMERA FUNDACIÓN DE LA ORDEN CAMALDULENSE EN ESPAÑA (1597-1602).
E. ZARAGOZA PASCUAL.
STUDIA MONÁSTICA, VOL. 28, FASC. 2, ABADÍA DE MONTSERRAT, 1986.
- MONASTERIOS MEDIEVALES MIRANDESES. HERRERA Y SAN MIGUEL DEL MONTE.
INOCENCIO CADIÑANOS BARDECI.
FUNDACIÓN CULTURAL “PROFESOR CANTERA BURGOS”. MIRANDA DE EBRO, 1986.
- CARTA A UN MONJE ANACORETA.
JOSE ANGEL RICHTER SANJINES.
EDICION DEL AUTOR. BILBAO, 1991.
- SAN ROMUALDO Y SUS CAMALDULENSES DE HERRERA.
VIGARSE.
DIARIO DE BURGOS, 8 FEBRERO 1995.
- LA CAMALDULA DE SAN FELICES-HERRERA.
VICENTE GARCIA-SEGURA, S.J.
REINO DE CRISTO, FEBRERO, 1995.
- CAMALDULENSES: COMO EXTRAÑOS EN EL PARAISO
LAS PROVINCIAS, 27 AGOSTO 1995.

- MONASTERIO DE SANTA MARÍA LA REAL DE HERRERA. ERMITAÑOS DEL SIGLO XXI.
F.J. IGNACIO LOPEZ DE SILANES VALGAÑON.
LA RIOJA, 7 ENERO 1996.
- CONSTITUCIONES DE LA CONGREGACIÓN DE LOS EREMITAS CAMALDULENSES DE MONTECORONA.
PADRES CAMALDULENSES DE NTRA. SRA. DE HERRERA, 1996.
- COSTUMBRES DE LA CONGRAGACIÓN DE LOS EREMITAS CAMALDULENSES DE MONTECORONA.
NTRA. SRA. DE HERRERA, 1996.
- ORA ET LABORA
FELIX DOMINGUEZ
EL CORREO, 1 ENERO 1997.
- LA ESENCIA POLACA DE LA CAMALDULA
ROBERTO RIVERA.
EL CORREO, 2 NOVIEMBRE 2001.
- LA CONGREGACIÓN DE LOS ERMITAÑOS CAMALDULENSES DE MONTE CORONA.
APUNTES DE HISTORIA Y ESPIRITUALIDAD.
NAVARRA, 2005
- CRÓNICA DEL YERMO CAMALDULENSE DE N^a SRA. DE HERRERA.
1923-2005.
ARCHIVO YERMO DE HERRERA.

- DEDICACION DE LA IGLESIA DE LOS MONJES CAMALDULENSES.
BOLETIN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE BURGOS, SEPTIEMBRE, 2006.
- EL MONASTERIO DE HERRERA Y LA ORDEN CAMALDULENSE.
SIETE SEMANAL, MIRANDA DE EBRO, 16-22 DE NOVIEMBRE 2007.
- ELOGIO DE LA VIDA ERMITÍCA.
BEATO PABLO GIUSTINIANI.
EDICIONES ARCOS, COLECCIÓN CAMALDULENSE DE MONTE CORONA N° 1.
MADRID, 2008.

ÍNDICE

	Pag.
PRÓLOGO	1
EL YERMO DE NUESTRA SEÑORA DE HERRERA	5
LOR EREMITAS CAMALDULENSES DE MONTECORONA	49
UN MENSAJE PARA EL MUNDO DE HOY	63
POST SCRIPTUM	71
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	75

Yermo Camaldulense

“Nuestra Señora de Herrera”



Apartado de correos 406
09200 Miranda de Ebro (BURGOS)
Tel. 941 74 40 04